

«Apenas comienza á entrar en mi cabeza algún pensamiento — escribe á propósito del mismo asunto otro condenado —, procuro inmediatamente distraerme con los compañeros para rechazar aquellas ideas. O bien, en cuanto comprendo que podré dormir, me apresuro á meterme en la cama. Me parece que si estuviese solo, ya haría tiempo que me hubiera quitado la vida.»

A medida que el tiempo transcurre, desaparece la tranquilidad. «Tenemos que contar la vida por minutos; tan breve es — escribe otro condenado que, sin duda, pasaba los últimos días en la soledad —. Estoy escribiendo esta carta y temo que de un momento á otro se abra la puerta y no tenga tiempo á acabarla. ¡Qué mal estoy entre este terrible silencio! El más ligero rumor me hace palpar con violencia el corazón. . . Ha crujido una puerta. . . pero es en el piso de arriba. Y vuelvo á escribir. Se oye un rumor de pasos en el pasillo y corro hacia la puerta. No; otra vez me he inquietado inútilmente; son los pasos del carcelero. Un terrible silencio de muerte me oprime. Siento que me falta la respiración; tengo la cabeza como llena de plomo y caigo agotado sobre la almohada. Sin embargo, tengo que acabar la carta. ¿De qué quería hablarte? ¡Ah, de la vida! ¿No te parece ridículo hablar de ella, teniendo tan próxima la muerte? En efecto, no está lejos; siento sobre mi su hálito frío; su espectro terrible está siempre ante mis ojos, sin

alejarse... Me levanto por la mañana y, como un niño, me regocijo de estar aún vivo, de tener todavía ante mí un día entero para gozar de la vida. En cambio, la noche, ¡cuántas angustias trae consigo! Es difícil decirlo... Pero ahora debo cesar; son casi las dos de la noche. Puedo dormir tranquilo; al menos hoy, no vendrán por mí.»

«Hace largo tiempo que no le he escrito — dice una nueva carta de otra persona —. Mi imaginación trabaja siempre; pero mi cerebro, enfermo, nada puede concebir. Ahora me siento en una total obscuridad, y esto me atormenta de un modo horrible. Ya han pasado dos meses desde que me han condenado y todavía no me ahorcan. ¿Para qué me conservan la vida? ¿Acaso para escarnecerme? ¿Quieren, acaso, que todas las noches me atormente en espera de la muerte? ¡Sí, compañero; no tengo fuerzas para escribir sobre el papel los tormentos que me asedian por la noche! ¡Esperemos á que ocurra algo, y lo más pronto posible!»

Así escribía aquel mismo que al principio se maravillaba de que la condena no hubiese producido en él ninguna impresión, y decía que la muerte no le espantaba de ningún modo. . .

Sus dos cartas representan los dos polos del estado de ánimo del *smertniki*: primero, sobre excitación y valor; luego, terror creciente frente á la catástrofe; terror sombrío y silencioso. . .



IV

Ilusiones y suicidios

POR lo demás, hay momentos en que los sueños y esperanzas se aparecen. «Todos — dice uno de los autores de las cartas — tienen esperanzas, y en algunos, la fantasía llega hasta las columnas de Hércules. Aunque sabemos que uno á uno todos nuestros compañeros serán llevados á la horca, no podemos creer en la inminencia de nuestra ejecución. Parece increíble que yo, lleno de salud y de fuerza, pueda ser llevado á la muerte. . . Cada uno de nosotros cultiva una dorada esperanza en alguna cosa y casi confía en un milagro. Unos esperan el indulto; otros sueñan con una instancia al Emperador y creen poder encontrar un medio para engañar al Gobierno. A veces hablan de substancias narcóti-

cas; de dormirse, de tal modo que, después de enterrados, puedan llegar los compañeros y sacarlos de la tumba. Hasta pensamos en entrar en tratos con el médico en el momento de la ejecución», y así sucesivamente.

Pero hasta la esperanza es para los *smertniki* engañosa y venenosa como el *haxix* de los orientales.

«Yo creo — escribía uno de ellos — que para mí son dañosos los sueños en alta escala, porque luego la desilusión es demasiado dolorosa. Citaré como ejemplo á X. . . Estaba plenamente convencido de que se le conmutaría la sentencia de muerte, porque el mismo Tribunal estaba interesado en ello, y contaba con un tío suyo de grandes influencias. Cuando llegaron por la noche y le dijeron que se había recibido el indulto, lo creyó y se fué, lleno de alegría, á la Dirección de la cárcel. ¡Qué momentos debió pasar cuando vió que en vez de indultarle le llevaban á la horca! . . . Pero podrá decirse que esto tiene poca importancia, porque en total sólo sufrió una hora ó quizás menos. Yo no quiero un mes de ilusión para sufrir aunque no sea más que una hora de un modo tal; prefiero estar convencido de que voy á morir en breve. No puedo negar que también yo sueño y me hago ilusiones, pero al menos no dejo á mis sueños enraizarse tan profundamente. Contra el sueño de la libertad y de la alegría que sentiría al encontrarme entre los míos,

hay que tomar sus medidas contra ese sueño. . .

»Y ahora citaré otro ejemplo, el de P. . . Seguramente no tenía esperanzas de libertad. Mas he aquí que, no sé por qué motivos, vienen á llevarse á algunos de los detenidos y á él le dejan en la celda, aunque ya había transcurrido el término fijado. Entonces comenzaron á nacerle esperanzas, y al paso que antes estaba dispuesto á morir, aun con sufrimientos mayores de los que le produciría el veneno que se había procurado, no sabía ahora decidirse á envenenarse y aguardaba siempre al último momento. Sólo pudo tomar el veneno cuando vinieron á decirle: prepárate para ir á la horca. El veneno lo hizo caer sin sentido. Lo sacaron sobre un colchón al aire libre y lo sacudieron para volverlo á la vida. Volvió en sí. Junto á la puerta fué presa de vómitos violentos. Lo llevaron á la Dirección de la cárcel, escribió algunas cartas y marchó al patíbulo.»

«Y semejantes ejemplos son numerosos — agrega el autor de la carta —. Son siempre consecuencia de las ilusiones. . . P. esperaba hacia cinco meses menos dos días á que se decidiese su suerte, y aunque, sin duda gracias á las ilusiones, se procuraba momentos de buen humor, el suyo era un triple tormento. . . Nos agarramos á un clavo ardiendo, y entonces lógica y raciocinio truécense en humo.»

No sabemos si el autor de estas cartas logró

mantenerse dentro de la lógica y del raciocinio. Pero los que se abandonan á las ilusiones acaban fácilmente en maníacos. «Entre todos los condenados á muerte — dice otra carta — no había nunca visto ninguno como N. N. . . Aunque no hable, se ve cuánto le duele el tener que dar un adiós á la vida. Espera siempre el indulto. No ha hecho instancia personalmente; la ha escrito su madre por él. Ahora está siempre ocupado en adivinar, por medio de las cartas, si será ó no indultado. Se ha negado á darse voluntariamente la muerte. Para describir sus últimos momentos no habría que escribir mucho. Su vida transcurre uniforme y monótonamente. Por la noche se acuesta á las seis y se levanta á las dos, á las tres, á las cuatro. Apenas levantado, toma sus cartas y sigue escrutando el misterio. Por el día se distrae á veces, y cuando le pregunto en qué piensa, responde siempre: «Ni lo sé siquiera.» Casi todo el tiempo lo pasa con las cartas, arrullado por no sé qué melancólicos sueños. Sueña quizá en alguna cosa amada, pero no desea compartirla con nosotros. No sé. . . »

El autor de los apuntes que utilizamos para escribir estas páginas, dice que ha tenido algunas veces ocasión de ver al N. N. de que se habla en la carta anterior. «Es un joven de unos veinte años, la cara alargada y los ojos azules, algo velados, como si nada vieses. Con la obscura blusa que dibujaba netamente su figura,

camina lentamente al lado de su compañero de paseo, y con aire cansado é indiferente, mira á un punto lejano en el fondo del largo pasillo. Lo que más atraía la atención eran sus ojos, mortalmente cansados, abstraídos, que nada veían.» Cuando nuestro autor escribía en la cárcel sus impresiones, tenía raras ocasiones de ver á N. N.

Se decía que había prometido delatar á algunos individuos, que le había sido concedido el indulto y que le habían hecho esperar la conmutación de la pena de muerte. . .

Pero no todos se abandonan enteramente á estas desatentadas ilusiones. El deseo de muchos condenados no va más allá de la muerte voluntaria. Ya hemos visto más arriba la expresión de este estado de ánimo: «moriré cuando quiera morir.» Y mientras los detenidos ordinarios tratan por todos los medios de procurarse aguardiente, tabaco ó barajas, los *smertniki* recurren á todas las astucias imaginables para hacerse con un veneno ó un cuchillo.

Los periódicos hablan de cuando en cuando de casos de suicidios ante la inminencia de la ejecución. El medio más generalmente empleado es el cianuro de potasio; menos veces la morfina ó el cuchillo. «Es curioso — escribe nuestro informador — que ningún condenado haya recurrido nunca al lazo ni á la cuerda, aunque sea bastante fácil procurárselos.» Los periódicos han

referido un caso de un condenado que se suicidó ahorcándose; pero, en realidad, este medio se usa mucho menos que los otros.

La muerte á manos del verdugo se reputa ignominiosa y horrible; y los condenados prefieren con mucho la muerte voluntaria, cuando sienten el deseo de morir, y de morir probablemente de un modo distinto al establecido por la justicia humana. Durante el año á que se refieren las observaciones de nuestro informador, uno de los condenados se envenenó con estricnina y murió en medio de los más horribles sufrimientos; otro se hundi6 un cuchillo en el corazón. En un tercer caso, la cuchillada no fué mortal; un cuarto se abrió una herida en un brazo con un trozo de cristal; pero tampoco consiguió morir. Hubo otros casos de suicidios por envenenamiento, frustrados.

Estas tentativas y estos suicidios se realizan á la vista de los demás reclusos. «La muerte del compañero Y. — dice una de las cartas — produjo sobre mí una impresión terrible. Contemplé la expresión de una enorme fuerza de voluntad y el cuadro conmovedor de una muerte heroica. Antes de morir estaba alegre, fumaba, charlaba, reía. No se le notaba la menor agitación. Luego buscó el sitio del corazón, apoyó sobre él un cuchillo y se lo hundi6. Después gritó: ¡Se ha portado bien! ¡Sacadlo! Empezó á agonizar y murió sin proferir un grito.»

Dejó esto escrito: «Pongo fin con el suicidio á mi vida. Me habéis condenado á muerte y acaso creáis que tengo miedo á vuestra sentencia. ¡No! Vuestra sentencia no me espanta. Pero no quiero que representéis sobre mí la comedia de vuestras formalidades legales. Tengo la muerte sobre mí; lo sé y la acepto. Pero no quiero esperar vuestra muerte. Quiero morir antes; no soy un cobarde como vosotros.»

Para este hombre de ánimo viril la muerte era, sin duda, como el último acto, si no de una verdadera batalla, por lo menos de una polémica con sus enemigos.



V

Las últimas entrevistas

DOS veces por semana se aglomera ante la cárcel una gran muchedumbre que aguarda pacientemente á que se abran las puertas. Son padres, madres, hermanos, hermanas, hijos, hijas y mujeres de los reclusos, que vienen á hacerles una visita.

Un pasillo largo y estrecho, con una sola ventana. A todo lo largo corren paralelos dos tabiques que por abajo son de madera, y luego, hasta el techo, de una apretada red metálica. La distancia entre los dos tabiques es de metro y medio; allí los detenidos y sus padres cambian miradas y palabras á través de las dos redes. . . Como tienen que hablar todos á un tiempo y se confunden unas con otras las palabras de la con-

versación general, á los pocos minutos la estancia se convierte en un ruidoso griterío. Cada cual quiere gritar más que los otros y hacer llegar al sér querido la propia voz á través de la doble barrera. La estancia se llena de un clamoreo confuso y desesperado; de gritos de mujeres y de llantos ineficaces, que nadie oye entre el tintineo de las cadenas. . . Ved esa vieja campesina que se ha arrastrado hasta la ciudad, haciendo más de cincuenta kilómetros de camino y que ahora se agarra desesperadamente, con los dedos contraídos, á la red metálica. La pobre se ha esforzado en gritarle algo á su hijo; pero su voz temblorosa de vieja se pierde en aquel tumulto.

Ahora ya no hace más que agitar una mano y mirarle con los ojos llenos de lágrimas. . . Pero á los cinco ó seis minutos ha terminado la visita; todos los extraños son echados fuera, y nuevos grupos de visitantes que vienen *de la libertad* entran para hablar con nuevos reclusos. Los primeros se van tristes y con un sentimiento de angustia y de inquietud en el corazón.

¡Querían decirles tantas cosas á los suyos, y no les han dicho nada! Se cuentan ya por millares las ejecuciones verificadas en Rusia, y otros tantos padres, madres, hermanos, hermanas, esposas, han contemplado á través de aquellas alambreras á sus hijos, hermanos, esposos, amenazados por la muerte.

¡Y qué cúmulos de terribles, inolvidables su-

frimientos no llevarán á sus ciudades ó á sus remotos pueblos la multitud de obreros, de campesinos, que corren á dar el último adiós á los que van á morir!

Una vez la sentencia pronunciada, el condenado tiene un privilegio. Se le quitan las cadenas y se le permite ver á sus parientes más cercanos en la Dirección de la cárcel. Y vuelven los carros á recorrer fatigosamente los caminos interminables, y en ellos vienen los padres y las madres á la última entrevista.

La justicia militar se ejecuta la mayoría de las veces precipitadamente, y mientras la vieja madre marcha errante á pie ó sobre un escuálido caballejo, ya el drama ha llegado á su desenlace. El portero de la cárcel, hablando tranquilamente, como si se tratase de un asunto cualquiera, como sabe hablar el vulgo ruso de la muerte, le comunica que su hijo ha sido ahorcado al amanecer, mientras ella se arrastraba por los caminos, todavía oscuros é impracticables.

«Hace poco tiempo — cuenta nuestro informador —, una de estas madres llegó á la cárcel pidiendo que le concediesen un coloquio de despedida. En vez del permiso, le trajeron de la Dirección de la cárcel un mechón de pelo de su hijo. Poco antes de la ejecución había pedido un par de tijeras, se había cortado un mechón y había encargado que se lo entregasen á su madre. Su última voluntad se había respetado cuidadosamente.»

El año pasado, los periódicos refirieron un caso más triste aún. Un cierto Scuirimof, condenado á muerte en Balascef, entregó una carta para su padre, en la que le rogaba que viniese á darle el último adiós antes de su muerte.

«La humanidad más elemental — decía el corresponsal que comunicó el hecho —, si se puede hablar de humanidad ante la horca, ponía este dilema: O no transmitir la carta, ó conceder aquella última entrevista. Parecía que no pudiera haber una tercera solución. . . Pues precisamente se escogió una tercera, terrible y monstruosamente inhumana. El padre, un pobre viejo enfermo, partió para Saratoff, llevando consigo á su hijo menor. Naturalmente, ante todo se dirigió al Tribunal. Allí le aconsejaron que «tomase informes» del jefe de las tropas. A la pregunta de si su hijo estaba vivo aún, respondieron secamente: No sabemos. El viejo entonces se fué á Kasan; pero tampoco en esta ciudad pudo obtener «los informes que deseaba.» Volvió, pues, á Saratoff, donde consumió tres ó cuatro mortales días en inútiles esperas en las antecámaras. Finalmente, alguien — ¡una alma buena! — movido á piedad por las angustias y las lágrimas del viejo padre, le comunicó que su hijo había sido ahorcado. . .

»Este viejo — concluye nuestro informador — volverá ahora á su casa, entre su familia, entre sus conocidos y amigos. . . Y de él y de un infi-

nito número de viejos heridos por semejantes dolores, y de todos los suyos, se exigirá el amor á la patria, el respeto á las instituciones y los sentimientos patrióticos. . .» (1).

¡Efectivamentel . . .

* * *

La estancia en que los *smertniki* han de celebrar la última entrevista con los suyos, está dividida, en dos partes desiguales, por un tabique de madera de una altura como la mitad de la estatura de un hombre. Se trae al *smertniki* al tabique, se cierra tras él la puerta y se colocan á su lado los carceleros. El visitante está á la otra parte de la separación.

Los carceleros escuchan indiferentes las conversaciones. El hombre se hace á todo, y ellos han llevado ya á muchos á aquel sitio y á la horca. Su función consiste en cuidar de que no se entregue al condenado ningún objeto, y, especialmente, ningún cuchillo ó veneno, y lo demás lo ven indiferentes é impasibles. Pero á quien no esté acostumbrado á ciertos espectáculos, estos coloquios producen una impresión incalculable, como siempre que los problemas de la vida y la muerte se manifiestan de un modo tan claro. Nuestro informador pudo, ca-

(1) *Kievskia Vesti*, 8 Marzo 1909, núm. 66.

sualmente, asistir á la última entrevista que tuvo con su madre aquel mismo Y. que se mató con tanto estoicismo. La entrevista se celebró poco antes del suicidio. Alto, el rostro amarillo y dolorido y los ojos lúcidos por la fiebre, él se mantenía en pie ante el tabique, detrás del cual había dos mujeres. La una un poco encorvada, envuelta en un chal, lloraba sin cesar, y, á cada instante, se enjugaba los ojos con la punta del chal. La otra no lloraba; tenía los ojos secos é inflamados. Era la madre. No apartaba los ojos de su hijo, pero no encontraba palabras que decirle: las palabras que pudieran conmover, enternecer, conconsolar; palabras, en suma, apropiadas á las circunstancias.

— Y bien; ¿cómo estás ahora? — preguntaba con aire afligido. — ¿Qué tal de salud? . . .

— ¿De salud? Dentro de poco me ahorcarán — respondió con voz ronca el hijo, y trató de reír, pero la risa no salió; bruscamente murió en sus labios. Hubo una nueva pausa.

— ¿Tienes sueños de miedo? — preguntó de nuevo la vieja.

— Sí; sueños de varias clases — respondió el hijo; y en seguida, como alejando sus tétricos pensamientos, dijo con un tono más natural y franco: — Ha quedado en casa mi chaqueta larga. . . Habrá que venderla.

Hablaron de la chaqueta, y ambos se alegraron de hablar de aquello que no tenía ninguna

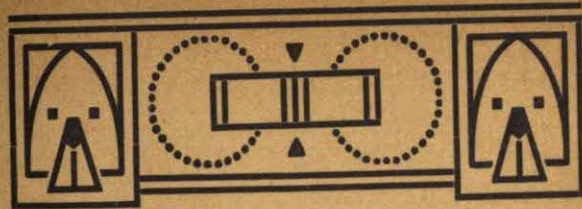
relación directa con lo que principalmente los absorbía. La conversación fué bien pronto cortada. Los carceleros volvieron á llevarse á la torre al condenado y la madre tornó *á la libertad*, que para ella probablemente no valía más que la torre. Se dijo que había enloquecido después de la muerte de su hijo.

«Cuando vienen á verme mis padres — se escribe en una de las cartas á que hemos hecho referencia — siento la necesidad de abrirles enteramente mi alma. Pero no lo consigo; cuando llega el momento, soy absolutamente incapaz de hacerlo. Ahora, por ejemplo, creo que les diría muchas cosas afectuosas, buenas, que los calmarían; pero cuando estoy en el locutorio no puedo, porque allí, á mi lado, están hombres que son mis enemigos. Ante ellos no sé pronunciar una sola palabra afectuosa. Comprendo que es preciso decir algo dulce, cariñoso, bueno; pero mi lengua no se mueve. Cuando me dirijo á la entrevista, quisiera decir muchas cosas; pero, cuando llego, me parece haberlo olvidado todo. Se me ha ido todo del pensamiento. Los miro, escucho lo que dicen; pero no digo una palabra.»

«Espero la llegada de los míos — escribe otro condenado —; me han mandado diez rublos, pero se los he entregado á mi mujer. ¡Me tiene tal devoción, y me ama tanto! Siento casi vergüenza ante ella. Pero hablarla, explicárselo todo y levantarla hasta mí, no me es posible.

¡Y me siento tan abatido! No nos entendemos; es como si hablásemos en lenguas distintas.»

El que escribe lo que queda transcrito atribuye el doloroso fenómeno de sentirse extrañas personas íntimas, á la diferencia de nivel intelectual. Mas quizás esto no sea verdad. Hablan «lenguas distintas» evidentemente los destinados á la muerte y los que deben sobrevivirles en la tierra. La lengua humana no sirve para ciertos supremos coloquios. Los conceptos comunes callan tímidamente, porque se sienten inútiles, intempestivos, casi ofensivos. Y, en efecto; ¿qué valor puede tener una pregunta sobre la salud de un hombre que va á ser ahorcado? . . . Ya se comprende que su sueño aparecerá turbado por distintas visiones. . . Nuestro informador no dice tampoco que se hagan consideraciones sobre el más allá: Dios y la vida eterna. Todo esto, junto con las demás «formalidades», se queda para el capellán de las cárceles, que, por tal servicio prestado en la hora de la ejecución, recibe un estipendio gubernativo. . . Y, ciertamente, preferiría recibirlo por otras funciones. . .



VI

Una autobiografía

Los *smertniki* escriben, cuando pueden hacerlo, con bastante facilidad. Esta es, no solamente una de las maneras de abreviar las terribles horas de la espera, sino también de observarse á sí mismos y su propia vida, á punto de ser trinchada, volviéndose hacia aquellos que pueden compartir sus sentimientos. Cuando la mano del que escribe continúa impulsada por la exaltación de una idea á la que sacrificó su propia vida, estos documentos aparecen impregnados de un sentimiento que sorprende y conmueve hasta á los mismos adversarios. La imprenta rusa ha tenido ocasión bastante á menudo de llevar al público estas palabras que los muertos dirigen á los vivos y que, salidas de las tumbas,

han sido leídas hasta en los más remotos centros de vida, haciendo olvidar toda suerte de diferencias y contradicciones, y poniendo ante la consideración de las gentes esta fuerza moral que vence é ilumina el horror de la muerte.

Al referir estos acontecimientos de la vida ordinaria no subimos á tales cimas radiosas. Nuestro material es corriente, familiar, casi prosaico. Sus autores no son hombres de importancia, ni sus cartas tienen el calor que presta la exaltación de una fe.

Son más bien tristes ocasos del pensamiento y la conciencia civiles. Pero aun aquí las condiciones en que se originan estos desahogos, hechos al borde de la vida por hombres destinados á morir, imprimen sobre ellos el sello de la seriedad y les prestan una particular y dolorosa importancia. Se han escrito sin segunda intención alguna, tal como Dios los ha inspirado á su alma, sin siquiera la esperanza de que trasciendan del círculo restringido de los amigos ó de las vecinas celdas de la cárcel. La inminencia de la muerte hace á los hombres sinceros y serios. Es preciso, pues, creer á los que hablan en parecidas circunstancias.

Tenemos íntegra á nuestra disposición la autobiografía de un condenado á muerte, precisamente de uno de aquellos que, fortuitamente, se elevan sobre el nivel ordinario, y que probablemente estará ya á estas horas ajusticiado. La

reproducimos aquí literalmente, tal como la ha dejado escrita nuestro informador:

«Me preguntáis por mi infancia. Pues bien; yo evoco los recuerdos de aquel tiempo en parte con placer, con pesar en parte. He nacido en una familia aristocrática bastante rica. Mi infancia ha sido una pura alegría. Se me rodeó de institutrices y maestros; por el invierno vivía en la ciudad, por el verano en una hermosa quinta en el campo; tenía una escopeta, un caballo; en suma, cuanto podía desear un chiquillo de mi edad. Después comenzaron los estudios; frecuenté tres colegios, y durante año y medio estuve en el cuerpo de pajes, á expensas del Estado, gracia á los méritos de mi padre para con la patria y el trono. No terminé ningún curso regular de estudios, y á la postre me hice un desocupado. Mi madre me quería á su modo; de mi padre apenas recuerdo; murió pocos años después de la guerra de Turquía. Éramos cuatro hermanos y una hermana. Debo agregar que aunque nuestra familia disponía de medios abundantes, ninguno de mis hermanos terminó su carrera. Cuando fuimos mayores, todos nosotros nos separamos de la familia y nos hicimos, mejor ó peor, independientes. Uno de los hermanos se envenenó á los diez y ocho años por un amor desgraciado. Otro se casó á los diez y nueve con una muchacha jorobada, hija de un campesino, lo cual, según mi madre, había cubierto de ver-

güenza á la familia. Está ahora empleado en los ferrocarriles del Sud-Oeste. El tercero se casó con una actriz de un teatro de provincias, y en cuanto recuerdo, ha estado siempre en la policía; ahora es comisario ó secretario del jefe de policía de una ciudad, de la que no puedo recordar el nombre. Recuerdo que ha estado procesado varias veces por estafas é irregularidades; pero merced á sus influencias siempre ha conseguido escapar de la pena. El cuarto (vuestro humilde servidor) es un verdadero bribón, particularmente en sus relaciones con las mujeres.

Así he sido hasta que he comenzado á ocuparme de política. Esta cosa, «la política», se ha apoderado completamente de mí. Comencé á sentir un vivo deseo de enterarme y, aunque sin método, me puse á leer cuanto caía en mis manos. No se olvide que hasta entonces no había leído más que novelas de folletín. Cuando era niño comenzó á desarrollarse en mí, inconscientemente, un cierto espíritu de independencia, que había dado origen á graves disensiones con mi familia. Por el verano se permitía á los campesinos coger setas en nuestros bosques; pero solamente á aquellos que, á cambio, venían á casa á trabajar. A éstos se les expedían permisos escritos, mientras que los demás no gozaban de tales concesiones. Contra ellos, al contrario, se organizaban verdaderas cacerías y, naturalmente, se les confiscaban las setas que habían

recogido. Esto me indignaba tanto, que devolvía las setas, y tenía por este motivo grandes cuestiones con mis hermanos. Por más que se esforzaban en convencerme, yo seguía firme en mi opinión.

Una vez que por este motivo sostuve un gran altercado, escribí un papel aproximadamente de este tenor: «Cuando leáis este papel ya no estaré en el número de los vivos. Me dispongo á morir, porque no se me permite restituir las setas á los campesinos.» Después de lo cual cogí un revólver, dejé el papel sobre la mesa y me marché decidido á matarme. Entonces se organizó una verdadera persecución contra mí, y pudieron cogerme antes de que hubiese logrado alcanzar el bosque. Pero desde aquel día cesaron las persecuciones contra los campesinos y yo triunfé. Este hecho es uno de mis más agradables recuerdos.

Nosotros, los chicos, huíamos de nuestra madre, nuestros tíos y tías, y procurábamos desaparecer lo más pronto posible de ante su vista, aunque nunca habíamos sufrido ningún castigo de su parte. Nos llevaban á la mesa como perritos amaestrados; repetíamos frases francesas aprendidas de coro, besábamos la mano de mamá y, tomado el té, nos íbamos.

Tal educación seguramente que no podía producir buenos frutos. Ni yo, ni probablemente tampoco mis hermanos, teníamos ningún sentimiento que nos ligase á la casa paterna. Nues-

tra madre y nuestros demás deudos eran como extraños para nosotros, y yo no sentía por ellos el menor afecto. Aun cuando hubiese poseído la facultad de expresar los sentimientos de mi alma y de emplear palabras afectuosas, no lo habría hecho; no hubiera recibido en correspondencia aquellas caricias que me eran necesarias, y por eso no me cuidaba de hacerlo. Nunca tuve con los míos ningún disgusto, y les escribía puntualmente cartas de felicitación en los días solemnes, porque sabía que para ellos esto era una cosa importante. Jamás me dirigí á ellos para pedirles algo; les escribía siempre que estaba bien, que no tenía necesidad de nada, aunque á veces me ocurriese tener que pasar dos ó tres días sin comer.

El por qué no recurría á ellos, no sé explicármelo.

Pero no he hablado de mi hermana. Acabó en Kiew sus estudios del colegio y se casó con un médico, no por amor, sino porque le pareció un buen partido. Vive ahora con ellos, con el hijo y con la madre, en la ciudad de N. Su marido es ya profesor, tiene buenas relaciones y podría, sin duda, hacer muchísimo por mí. Sin embargo, durante estos dos años de detención no les he escrito ni aun una vez. No les he escrito porque no conozco su modo de pensar y creo que los comprometería. Ahora quisiera mandarles una carta; pero lo que quisiera decir no

puede escribirse, y para hablar de cosas indiferentes no vale la pena. Además, creo que nos consideran, á mí y á mi hermano el empleado, como dos degenerados morales. Pero ahora, en presencia de la muerte, quisiera saber si desearían hacer algo en mi favor. En caso afirmativo, aplazaría mi muerte. Lo repito. Sólo un pensamiento me atormenta sin cesar: el de si podré morir cuando yo lo desee. . .

Pero he perdido de vista la historia de mi vida. A los quince ó diez y seis años, tras largas discusiones con mi madre, obtuve permiso para marcharme; recibí 300 rublos y me fui á Odessa. Mi deseo era encontrar un empleo en algún barco. Después de algunos meses lo logré y entré en el vapor *Platón*, de la «Sociedad Rusa», é hice varios viajes de Odessa á Batum, y viceversa. Permanecí como aprendiz cerca de dos años; luego enfermé; estuve en el hospital cuatro meses y por fin salí. Poco después comencé á dedicarme al comercio, bajo la dirección de una persona bastante experta. Durante tres años mis padres estuvieron sin saber dónde me hallaba ni qué me había acontecido. Por fin escribí. Vino á buscarme la mujer de uno de mis hermanos (el autor no dice de cuál) y me convenció para que volviese con ella. Vuelto á Kief, trabé conocimiento con una estudianta, bastante agraciada, y sostuve con ella unas relaciones muy íntimas. Hubiera querido casarme con ella, pero sus pa-

dres se la llevaron y le dieron por marido, según supe después, al señor. . . »

Así comenzó y así siguió la vida extraña y confusa de aquella familia, también confusa y extraña, y de la cual salieron, por una parte, un polizonte típico, delincuente y venal, y por otra, un candidato á la horca. De aquella familia, que se reunía en torno á la mesa para tomar el té; en la que los niños besaban la mano de su madre y repetían las frases aprendidas de coro, todo era regular: las formas y las conveniencias se salvaban. Pero se sentían sus miembros tan extraños unos á otros, que aun en los momentos de peligro mortal, frente á la probabilidad de una sentencia de muerte (y por añadidura, como veremos, de una sentencia injusta), el que escribe esta sorprendente autobiografía no tuvo fuerzas para abrir brecha en la terrible muralla que lo separaba de una familia cuyos miembros se miraban como extraños. No encontramos aquí ni una invocación siquiera al mutuo amor, á una religión, á un Dios común. . . Como tampoco encontramos una negación de la religión y de la familia.

Ni la afirmaba ni la negaba; como si no existiese. En estas condiciones, ya hombre, ya padre, pero siempre bohemio y como proscrito de la vida social, el autor se pone en contacto con la política.

«Primeramente — dice — consideraba la po-

lítica simplemente como una serie de transacciones entre distintas clases; pero por los delincuentes políticos tenía una gran estimación y los creía poco menos que superhombres. . . ». El autor no explica cómo podría aparecer la delincuencia política, no siendo la política más que una serie de transacciones de un estado con otro, y ello es sin duda una característica de ese caos mental en que vive el pensamiento civil, aun de los rusos relativamente cultos. Ya se comprende que en tales condiciones no hay manera de orientarse en medio del fermento multiforme de tantas ideas políticas. La *política* se reduce á una simple «negación del régimen existente», y las inteligencias inexpertas se dirigirán allí donde esta negación sea más sencilla y más consecuente.

«La primera vez — escribe el autor — que me detuvieron fué en Kief, cuando un capitán de policía violó en la fortaleza de Pietroburga á una muchacha, me parece que se llamaba Y. (1), detenida por causas políticas. Los estudiantes de Kief acordaron celebrar funerales por la víctima,

(1) El autor alude, sin duda, á un acontecimiento memorable que produjo gran sensación, ocurrido entre los años 1890 á 1900, cuando una muchacha, estudiante, detenida en la fortaleza, se roció con petróleo el vestido y se prendió fuego. Se habló mucho en la ciudad sobre las causas de aquella muerte. En cualquier Estado organizado jurídicamente, no hubiese sido posible que